

Una novela de **HEARTSTOPPER**

Alice Oseman



Mi mejor
regalo
eres tú.

Este
invierno

CROSS
BOOKS



*Este
invierno*
Alice Oseman

Este libro contiene conversaciones relativas a la enfermedad mental, incluidas descripciones de trastornos de la alimentación, referencias a la autolesión y opiniones sobre la enfermedad mental que revelan ignorancia. Por favor, léedlo en un entorno seguro y responsable.

CROSSBOOKS, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *This Winter*
© del texto y las ilustraciones: Alice Oseman, 2020
© de la traducción: Victoria Simó, 2023. Traducido con el permiso de HarperCollinsPublishers Ltd.
© del diseño de cubierta: HarperCollinsPublishers Ltd, 2020
Publicado originalmente en inglés en Reino Unido por HarperCollins Children's Books, un sello de HarperCollinsPublishers Ltd
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2023
ISBN: 978-84-08-26703-4
Depósito legal: B. 435-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Victoria Annabel Spring,
16 años



Tori

Me despierto solo dos horas después de quedarme dormida. Tengo la sensación de que el tiempo que paso durmiendo en Nochebuena se acorta cada año, seguramente porque la hora a la que suelo conciliar el sueño se retrasa día tras día a causa de mi adicción, un tanto preocupante, a internet. Puede que al final deje de dormir del todo y me convierta en un vampiro. Me pega muchísimo.

Pero no voy a empezar a quejarme de mis hábitos de descanso, porque hoy es Navidad, el único

día del año en que debería hacer el esfuerzo de no quejarme por nada. Algo un tanto complicado cuando tu hermano de siete años te estampa una almohada en la cara a las seis de la mañana.

Digo algo parecido a «nooooo» y me escondo debajo del edredón, pero eso no desanima a Oliver, que me destapa y se mete conmigo en la cama.

—Tori —me susurra—. Es Navidad.

—Hum.

—¿Estás despierta?

—No.

—¡Sí! ¡Estás despierta!

—Que no.

—Tori.

—Oliver... ¿Por qué no despiertas a Charlie?

—Mamá no me deja. —Me revuelve el pelo—.

Tori... ..



—Grrrr. —Me doy media vuelta y abro los ojos. Oliver se ha tapado hasta la barbilla con el edredón y me mira retorciéndose de la emoción con el pelo de punta como un diente de león. Charlie y yo hemos analizado largo y tendido el misterio de que Oliver sea nuestro hermano, porque él es la alegría personificada y nosotros somos un par de emos tristes. Hemos llegado a la conclusión de que él se ha quedado con todos los genes de la felicidad de los hermanos Spring.

Oliver sostiene una felicitación de Navidad en la mano.

—¿Qué haces con una...?

Abre la tarjeta y una versión de *We wish you a merry Christmas*, tan alegre que me entran ganas de potar, resuena en mi oído.

Lanzo un gemido y empujo a Oliver para echar-

lo de la cama. Mi hermano rueda por el suelo y estalla en risitas.

—Serás pelma —murmuro antes de sentarme y encender la lamparilla de noche, y Oliver grita de alegría.

—¡Yupi!

Empieza a pasearse por mi habitación abriendo y cerrando la felicitación, que repite las dos primeras notas una y otra vez.

La Navidad no está mal en mi casa. Es tranquila. Discreta. Mi padre se refiere a ella como «Navidad Spring» y le parece muy gracioso. Abrimos los regalos en cuanto nos levantamos, luego vienen nuestros familiares para la comida navideña y se quedan hasta muy tarde; nada más. Yo juego a la Play con mis hermanos y mis primos, mi padre se emborracha, mi abuelo español (el padre de papá) discute

con mi abuelo inglés (el padre de mamá); todo de lo más entrañable.

Pero este año el día de Navidad no va a ser normal, precisamente.

Mi hermano de quince años, Charlie, tiene un trastorno alimentario. Anorexia. Hace mucho que arrastra el problema, pero últimamente ha empeorado y eso lo estresa tanto que en octubre recayó en la autolesión. Ha pasado unas semanas ingresado en el hospital, en una unidad de psiquiatría dedicada a adolescentes con trastornos de la alimentación. El tratamiento le ha sido de gran ayuda, pero la situación todavía es complicada. Obvio.

Yo no creo que cayera tan enfermo por nada en particular. Son cosas que pasan, como las infecciones o el cáncer. Él no tiene la culpa. De hecho, seguramente tuve yo la culpa de que empeorara tanto. No

les dije nada a mis padres cuando lo noté raro y tampoco le pregunté a él qué le pasaba. Tendría que haber hablado más con mi hermano. No estuve a la altura.

Pero lo que importa hoy no son mis sentimientos. Ni siquiera los sentimientos de mis padres. La Navidad es una época estresante para las personas con trastornos de la alimentación, porque la comida tiene un papel protagonista en las celebraciones y sé que Charlie está angustiado con el tema. Lleva agobiado toda la semana, discute con mi madre prácticamente a diario y luego se encierra en su habitación.

Así que hoy tenemos que centrarnos en apoyar a Charlie.

Busco el teléfono, paso de las notificaciones y le envío un mensaje a Becky, que es mi mejor amiga.

Tori Spring

(06:16) *FELIZ NAVIDAD. Da gracias por no tener hermanos. Estoy cansada. Oliver me ha tirado una almohada. Que duermas bien. Adiós.*

Ayer mis padres nos prohibieron despertarlos antes de las 7.30. Ahora son las 6.17. Me levanto y descorro la cortina. Al otro lado reina la oscuridad con el matiz amarillento de la luz de las farolas. Vuelvo a acostarme y conecto la radio. Por una vez está sonando un villancico suave en lugar de *All I want for Christmas is you*. Qué gusto. Oliver da vueltas en la silla de mi escritorio y un coro canta *Noche de paz*. Se me cierran los ojos de nuevo y ahora Oliver está sentado en la cama conmigo, la felicitación musical descansa sobre un montón de ropa tirada por el suelo y son las 6.29, las 6.42, las

6.55... Oliver me tira del pelo con suavidad, me habla de los regalos que ha pedido y de si Papá Noel se habrá comido las galletas que le ha dejado, y yo le murmuro algo, no sé qué, y me estoy durmiendo...

Y entonces la puerta de mi habitación se abre de nuevo.

—¿...Victoria?

Me despierto por décima vez. Es Charlie, apenas visible a la luz tenue, de pie en el umbral, enfundado en una sudadera Adidas azul marino y un pantalón de pijama de cuadros. Parece cansado, pero sonrío.

—¿Estás despierta?

—No —respondo—. Estoy viviendo una experiencia extracorpórea. Soy un fantasma.

Charlie resopla y entra en mi habitación. Me vuelvo a mirar a Oliver, que se ha dormido apoyado

contra mi hombro. Le doy un empujoncito con el codo. Se despierta de golpe y ve a Charlie.

—¡Charlie está aquí! —grita. Se abalanza sobre él y se estrella contra sus piernas con tanta fuerza que por poco lo tira al suelo. Riendo, Charlie lo coge en brazos como si fuera un bebé, algo que hace al menos una vez al día. Oliver se muere de risa.

—Hala, estás superdespierto, ¿eh?

—¿Podemos bajar ya?

Charlie se acerca a mi cama con Oliver en brazos.

—No, mamá dijo a las siete y media.

—Aiiiiins.

Oliver se retuerce en los brazos de Charlie y cae a mi lado. Al momento se acurruca debajo del edredón y Charlie se sienta a su lado, contra el cabecero.

—Uf. Los hermanos pequeños son unos plastas —le digo, pero estoy medio sonriendo también. Me



acurruco debajo de la colcha—. ¿Por qué no os quedáis en vuestras camas?

—Por molestar —sonríe Charlie—. ¿Estás oyendo Radio 4? ¿A qué viene esa música de iglesia?

—Dudo que pueda soportar a Mariah Carey tan temprano por la mañana.

Charlie se ríe.

—Yo tampoco.

Al igual que Oliver, su flequillo parece un remolino. Tiene unas ojeras muy profundas y ya ni me acuerdo de cómo era su cara sin ellas. Aparte de eso, parece casi el de siempre, larguirucho y mono.

—Solo he dormido dos horas —comento.

—Lo mismo digo —responde, pero creo que su insomnio se debe a razones distintas.

—¿Cuántos regalos te trae Papá Noel cuando tienes siete años? —pregunta Oliver, que ahora se

ha puesto de pie y salta sobre el colchón como si estuviera en una cama elástica. Charlie y yo nos partimos de risa.

—Siete —responde Charlie con seguridad—. Los mismos que tu edad.

—Entonces... cuando tenga ochenta, ¿me traerá ochenta regalos?

Charlie empuja el pecho de Oliver, que se cae de culo con una gran sonrisa.

—Si te portas bien, ¡sí!

—¡Qué ganas tengo de cumplir ochenta años!
—exclama Oliver.

—Yo también —dice Charlie.

Es guay volver a estar todos juntos. Me sentía rara cuando solo estábamos los cuatro, sin Charlie. Mi hermanito es demasiado pequeño para poder mantener una verdadera charla con él y no es que

odier a mis padres ni nada, pero tampoco es que hagamos buenas migas. Mi madre tiene la manía de evitar cualquier conversación sobre un tema mínimamente profundo o emotivo. Mi padre hace lo mismo, aunque lo disimula hablando de libros sin parar. Nos llevamos bien, pero tengo la sensación de que nunca hablamos de nada importante.

Ni siquiera son capaces de comentar sin tapujos el trastorno de Charlie, aunque ahora mi hermano está recibiendo tratamiento profesional. Pensaba que las cosas cambiarían, que podríamos hablar con normalidad de sentimientos y cosas así.

Pero no.

—¿Te imaginas ser muy viejecito? —dice Charlie poniendo voz de anciano, y Oliver suelta risitas mientras se arrastra para sentarse con nosotros contra el cabecero. La sonrisa de Charlie es contagiosa.